

amontonarse de trecho en trecho, en los balcones de los pisos superiores de las casas.

»Que el París revolucionario, el París de los grandes días cumpla su deber; la Comunidad y la Junta de Salvación pública cumplirán el suyo.

»Casa de la Ciudad dos Prairial del año setenta y nueve (veintidos Mayo mil ochocientos setenta y uno).—*El Comité de salud pública*: ARNAUD, EUDES, GAMBON, RANVIER.»

Tras de esta proclama llamó á las armas con esta otra:

«¡Que todos los buenos ciudadanos se levanten!

»¡A las barricadas! El enemigo está dentro de nuestros muros. Adelante por la República, por la Comunidad y por la libertad.

»¡A las armas!

»París tres Prairial año setenta y nueve (veintitres Mayo mil ochocientos setenta y uno).—*El Comité de salud pública*: ARNAUD, BILLIORAY, EUDES, GAMBON, RANVIER.»

Por su parte la Comunidad dirigió esta:

«EL PUEBLO DE PARÍS Á LOS SOLDADOS DE VERSALLES.

«Hermanos: la hora del gran combate de los pueblos contra sus opresores ha llegado.

»¡No abandonéis la causa de los trabajadores!

»¡Haced lo que vuestros hermanos del diez y ocho de Marzo!

»¡Uníos al pueblo, de que formais parte!

»Dejad á los aristócratas, á los privilegiados, á los verdugos de la humanidad, que se defiendan solos, y el reinado de la justicia se establecerá fácilmente.

»¡Desertad de vuestras filas! ¡Volveos á vuestras casas!

»Venid á nosotros, al lado de vuestras familias. Sereis acogidos fraternalmente y con alegría.

»El pueblo de París confía en vuestro patriotismo.

»¡Viva la República! ¡Viva la Comunidad!

»París tres Prairial del año setenta y nueve

(veintitres Mayo mil ochocientos setenta y uno).—LA COMUNIDAD DE PARÍS.»

A la vez el Comité Central expedía la siguiente:

«REPÚBLICA FRANCESA.—*Libertad, igualdad, fraternidad*.—COMUNIDAD DE PARÍS.—FEDERACION DE LA GUARDIA NACIONAL.—COMITÉ CENTRAL.

»Soldados del ejército de Versalles:

»Somos padres de familia; combatimos para que nuestros hijos no se vean como vosotros bajo el despotismo militar.

»Sereis un día padres de familia. Si hoy disparais contra el pueblo, vuestros hijos os maldecirán, como maldecimos á los soldados que han destrozado las entrañas del pueblo en Junio de mil ochocientos cuarenta y ocho y en Diciembre de mil ochocientos cincuenta y uno.

»Hace dos meses, el diez y ocho de Marzo, vuestros hermanos del ejército de París, herido el corazón contra los viles que han vendido la Francia, fraternizaron con el pueblo: ¡imitadlos!

»Soldados, hijos y hermanos nuestros, escuchadlo bien y que vuestra conciencia decida:

»Cuando la consigna es infame, la desobediencia es un deber. París tres Prairial del año setenta y nueve. (Veintitres de Mayo de mil ochocientos setenta y uno).—La Comisión Central.»

Es imposible resistir á la tentación de publicar todas estas proclamas, que muestran el extremo de la irritación y de la cólera. «Basta de militarismo, dice otra, basta de estados mayores abigarrados con sus cordones y sus bordaduras. Plaza á los combatientes, al pueblo de desnudos brazos. La hora de la guerra revolucionaria ha sonado.»

«El pueblo no entiende de salir á manobras; pero cuando tiene fusiles en sus manos y adoquines á sus plantas, desafía á todos los estrategistas de las escuelas monárquicas.

»¡A las armas, ciudadanos, á las armas! Se

trata, ya lo sabeis, de triunfar ó caer en las manos despiadadas de esos reaccionarios y clericales versalleses, de esos miserables que han entregado á sabiendas la Francia al extranjero y que nos han forzado á pagar el rescate de sus traiciones.

»Si quereis que la sangre que ha corrido como agua durante seis semanas no sea infundada; si quereis vivir libremente en esta Francia libre é igualitaria; si quereis ahorrir á vuestros hijos vuestros dolores y vuestras miserias, levantaos como un solo hombre, y ante vuestra formidable resistencia el enemigo, que se jacta de volveros á sujetar bajo su yugo, sólo habrá conseguido la vergüenza de los crímenes inútiles con que en estos dos últimos meses se ha manchado.»

«Ciudadanos: vuestros mandatarios combatirán y morirán á vuestro lado si es preciso. Pero en bien de esta gloriosa Francia, madre de todas las revoluciones populares, hogar permanente de las ideas de justicia y de solidaridad que deben ser y serán leyes del mundo; marchad contra el enemigo, y que vuestra energía revolucionaria les muestre cómo se puede vender, pero no se puede entregar y rendir nuestro grandioso París. La Comunidad cuenta con vosotros; contad vosotros con la Comunidad.»

Merece también ser leída la siguiente proclama: «El enemigo se ha introducido en nuestros muros antes por la traición que por la fuerza; el valor y la energía de los parisenses lo rechazarán.

»En el mismo instante en que todas las ciudades de Francia se levantan para reivindicar sus libertades y federarse primero entre sí y luego con París, la ciudad santa, el hogar de la revolución europea y de la civilización universal no tiene nada que temer.»

«La lucha es ruda; séalo en buen hora; pero no olvidemos que es también el postre y supremo esfuerzo de nuestros enemigos.

»A esos hombres que nada han aprendido;

B.

á esos hombres que no estiman ni la gran revolución en el movimiento de mil ochocientos treinta; á esos hombres que han olvidado las luchas del cuarenta y ocho, la deshonra del cincuenta y uno, la infamia de Sedan; que no saben ni acordarse siquiera del cuatro de Setiembre, de la jornada del sitio y del día del diez y ocho de Marzo, les daremos la lección de prairial del año setenta y nueve.

»Abramos nuestras filas á los que Versalles ha enganchado por fuerza y que anhelan unirse con nosotros para defender la Comunidad, la República y la Francia.

»Pero nada de piedad con los traidores, con los cómplices de Bonaparte, de Favre, de Thiers.

»Todo el mundo á las barricadas. Todos deben trabajar de grado ó fuerza para construir las. Todos los que puedan manejar un fusil, apuntar un cañón ó una ametralladora deben defenderlas.

»Que las mujeres mismas se unan á sus hermanos, á sus padres, á sus esposos.

»Los que no tengan armas cuiden de los heridos y suban piedras á sus habitaciones para aplastar á los enemigos.

»Que la campana suene á rebato. Repicad las todas y unid sus voces al estruendo de los cañones mientras quede un invasor en nuestro recinto.

»Guerra terrible porque el enemigo no tiene piedad. Thiers quiere aplastar á París, fusilar ó deportar nuestros guardias nacionales; ninguno de ellos encontrará merced en este proscritor manchado por toda una vida de crímenes y de atentados á la soberanía del pueblo. Todos los medios serán buenos para él y sus cómplices.

»Que hoy cumpla París con su deber; y mañana será imitado por toda Francia.»

La prensa atizaba por su parte el fuego de la revolución; soplabla con furia sobre el voraz incendio. Léase el siguiente artículo de la *Salvación Pública*:

«Ciudadanos: la traición ha abierto al ene-

migo nuestras puertas; están, pues, en París, nos bombardea, mata nuestras mujeres y nuestros hijos.»

«Ciudadanos: sonó la hora del supremo combate. Mañana, esta noche, el proletariado habrá vuelto á caer bajo el yugo de que se emancipara por toda una eternidad. Si Thiers vence, si la Asamblea vence con él, ya sabeis la vida que os aguarda; el trabajo sin resultado, la miseria sin tregua. ¡No más porvenir! ¡No más esperanza! Vuestros hijos, que vosotros hablais soñado libres, permanecerán esclavos; los clérigos volverán á dominar su juventud; vuestras hijas que habeis visto castas y bellas, caerán profanadas en los brazos de esos bandidos.»

«A las armas; á las armas.»

«Nada de piedad. Fusilad á los que podrían tenderles la mano. Si sois vencidos, no os perdonarán. Desgraciados de aquellos que sean conocidos como soldados del derecho; desgraciados de aquellos que tengan pólvora en los dedos, humo en el rostro.»

«¡Fuego, fuego!»

«Congregaos en torno de la bandera roja, sobre las barricadas. La Junta de Salvacion Pública no os abandonará.»

«No nos abandoneis vosotros tampoco. Combatiremos á vuestro lado hasta consumir el último cartucho detrás de la última piedra.»

«Viva la República, viva la Comunidad, viva la Junta de Salvacion Pública.»

Esta proclama iba firmada por Gustavo Marseau, que no se contentaba con esto, sino que añadía: «Cluseret y Rossel han hecho traicion, y al uno le dejaron huir y el otro no fué juzgado. El arzobispo Darboy está entre los rehenes, y aun vive. Si os impiden casti-

gar á los traidores, haceos justicia por vuestra propia mano; fusiladlos como fusilásteis á Clemente, Tomás y á Leconte.» Y el *Proletario* exclamaba: «Pasó el momento de hacer guardia en las tabernas. Mujeres, niños, todos á las barricadas; y al desafecto ó al vil que no os auxilie, fusiladle: es vuestro deber y vuestro derecho.»

Las mujeres á su vez gritaban furiosas y decían allá por sus clubs horribles períodos como el siguiente:

«Los hombres, son unos cobardes. Se creen los dueños de la Creacion, y no son sino unos zopencos, que se quejan de tener que combatir. Pueden retirarse á Versalles. Nosotras nos bastamos para defender la ciudad. Tenemos petróleo, hachas y corazones sólidos; somos capaces de soportar la fatiga tan bien como los hombres. Armaremos las barricadas, y demostraremos que no queremos ser pisoteadas. Los hombres que quieran aun combatir, pueden quedarse con nosotras. ¡Mujeres de París, adelante!»

Con los recuerdos sangrientos, con los errores inveterados, con la peste de odios esparcida en los aires, con las ideas que como torrentes de electricidad chispeaban fulminantes rayos, con las proclamas incendiarias, con las frases y los artículos revolucionarios, todas las cornetas tocando al formidable ataque y todas las campanas al general rebato; sedientos los unos de sangre, los otros de venganza, enardecidos todos, París iba á ser inmenso volcan donde podrian fundirse y perderse las escorias de la demagogia pero mezcladas con el oro puro de sólida y antigua democracia. Aquel terror insensato engendraba como siempre, una insensata reaccion.

CAPITULO CIX.

LAS GRANDES BATALLAS.

París no estaba en realidad bien apercibido al combate último de esta terrible guerra. Cuando uno de sus más ardientes defensores, Cluseret, dejó la cárcel para responder á los cargos de la Comunidad revolucionaria vió los medios de defensa muy descuidados y la inminencia de una derrota muy próxima. En tal estado escribió la siguiente carta que explicaba su opinion sobre los errores pasados y sobre los medios más seguros y más eficaces de repararlos.

«Mi querido conciudadano.—La diferencia del estado de defensa, tal como yo la dejé y tal como la encuentro el 15 de Mayo, me obliga por fin á romper el silencio que me habia impuesto.

»En varias ocasiones mandé al ciudadano Gaillard, padre, antes de mi encarcelamiento, que abandonara los trabajos inútiles de las barricadas interiores, para que concentrase toda su actividad en las barricadas de la plaza de la Estrella, la plaza del Rey de Roma y la de Eylau.

»Este triángulo forma una plaza de armas

natural; y añadiendo la plaza Wagram y fortificando el espacio comprendido entre la puerta de Passy y el puente de Grenelle, se tiene una segunda línea fortificada más importante que la primera.

»Dí orden al coronel Rossel para que hiciese ejecutar estos trabajos, y para mayor seguridad, prescindiendo de las costumbres jerárquicas del ejército, di mis órdenes directamente al ciudadano Gaillard, padre, en presencia del coronel Rossel, sabiendo que no atendía más que las órdenes de este último.

»No contento con esto, desde el segundo día de mi prision escribí al ciudadano Protot y á la comision ejecutiva para que prestasen toda su atencion á este trabajo indispensable.

»¿Mis órdenes han sido ejecutadas?

»Se me dice que no.

»Importa, pues, que lo sean sin pérdida de tiempo.

»Veinticuatro horas son suficientes si la poblacion quiere contribuir á las obras de defensa.

»Pero en la barrera de la Estrella, en el